

# DIEZ SUSURROS SOBRE LA INMACULADA

Antonio Gil Moreno

Académico Correspondiente

---

## RESUMEN

---

### PALABRAS CLAVE

"Susurro".  
Canto.  
Virgen.  
María.  
Inmaculada.  
Dogma.  
Cristianismo.  
Poemas.

En este trabajo hemos centrado las palabras en diez "susurros" (con base en citas de obispos, teólogos, escritores y poetas), eligiendo los mensajes que mejor explican el dogma de la Inmaculada, proclamado por Pío IX en el año 1854, y que son más cercanos a la sociedad de nuestro tiempo. En su selección, subrayamos con fuerza la silueta de María, icono del auténtico cristianismo, y su poder de atracción a todas las generaciones, a lo largo de la historia, plasmado en maravillosas lecciones teológicas y espléndidos poemas.

---

## ABSTRACT

---

### KEYWORDS

"Susurro"  
Song.  
Virgin.  
María.  
Immaculada.  
Dogma.  
Christianity.  
Poems.

In this work we have focused the words on ten "susurros" (based on quotations from bishops, theologians, writers and poets), choosing the messages that best explain the Inmaculada's dogma, proclaimed by Pius IX in 1854, and they are closer to the society of our time. In her selection, we strongly emphasize the silhouette of Mary, icon of authentic Christianity, and his attraction's power to all generations, throughout history, it's embodied in wonderful theological lessons and splendid poems.

Señor Director de la Real Academia.

Señoras y señores académicos.

Autoridades y representaciones.

Queridos amigos:

**P**ermitidme que comience formulando una pregunta: ¿Suena bien la palabra "susurro" y puede emplearse en una sesión académica de nuestra Real Academia? En la de Córdoba, sin lugar a dudas.

Digamos que de alguna forma, la palabra "susurro" se contiene en la misma enunciación de nuestra Academia: Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba.

Y la palabra "susurro" contiene la belleza del hablar suave; la belleza del aire convertido en brisa; la belleza del agua de un arroyo. Así define la Real Academia Española el "susurro": hablar quedamente, empezar a decir o divulgar algo secreto, dicho del aire o de un ruido suave y remiso.

---

Boletín de la Real Academia  
de Córdoba.

BRAC, 165 (2016)  
427-431

Por eso, he querido poner como título a mis palabras: “Susurros sobre la Inmaculada”, porque hablar de María, de su Concepción Inmaculada, en pocos minutos, debe hacerse con la sencillez y la humildad del “susurro”. Y he querido elegir “Diez susurros”, “diez murmullos”, “diez preciosos destellos” sobre la silueta de una mujer, que los creyentes cristianos contemplamos “marcada por el amor y la plenitud de gracia desde el momento de su Concepción Inmaculada”.

En el *primer susurro*, me imagino el canto litúrgico de las Vísperas de la fiesta solemne de la Inmaculada, en los monasterios y en los conventos de clausura. El gregoriano se viste de azul. Y los contemplativos quieren describirnos y explicarnos en qué consiste la palabra y el dogma de la Inmaculada. Las palabras que salen de sus labios, las dirigen a María. Dice así el himno de vísperas:

De Adán el primer pecado  
no vino en vos a caer;  
que quiso Dios preservaros  
limpia como para Él.

De vos el Verbo encarnado  
recibió el humano ser  
y quiere toda pureza  
quien todo puro es también.

Si es Dios autor de leyes  
que rigen la humana grey,  
para engendrar a su madre  
¿no pudo cambiar la ley?

Decir que pudo y no quiso  
parece cosa cruel,  
y, si es todopoderoso,  
¿con vos no lo habrá de ser?

Que honrar al hijo en la madre  
derecho de todos es,  
y ese derecho tan justo,  
¿Dios no lo debe tener?

Porque es justo, porque os ama,  
porque vais su madre a ser,  
os hizo Dios tan purísima  
como Dios merece y es.

Tras el Himno del canto monacal, nos trasladamos a Roma, para escuchar el *segundo susurro*.

Día 8 de diciembre del año 1854. Cae sobre la Ciudad Eterna, una lluvia fina, suave. El Papa Pío IX, rodeado de la solemne corona de 92 obispos, 54 arzobispos, 43 cardenales y de una multitud inmensa de pueblo, define como dogma de fe el gran privilegio de la Virgen: “La beatísima Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de culpa original en el primer instante de su concepción”.

Enseguida, los poetas convierten sus versos en campanarios marianos, evocando con más luz la silueta de María. Dejemos el *tercer susurro* a Gerardo Diego y escuchemos su poema a la Inmaculada:

Era ella  
 y nadie lo sabía  
 Pero cuando pasaba  
 los árboles se arrodillaban.  
 Anidaba en sus ojos  
 el Ave María  
 y en su cabellera  
 se trenzaban las letanías.  
 Era ella.  
 Era ella.  
 Me desmayé en sus manos,  
 como una hoja muerta,  
 en sus manos ojivales  
 que daban de comer a las estrellas.  
 Por el aire volaban  
 romanzas sin sonido,  
 y en su almohada de pasos  
 me quedé dormido.

El sueño del poeta Gerardo Diego, enlaza con el “despertar” de otro poeta, Dámaso Alonso, que hacía ya 30 años que no invocaba a la Virgen. El *cuarto susurro* nos lo ofrecen sus versos. Dámaso Alonso se siente triste, solo, con una soledad tan profunda que necesita gritar. He aquí sus versos apesadumbrados:

Como hoy estaba abandonado de todos,  
 como el veneno ya me llegaba al corazón,  
 mi corazón rompió en un grito  
 y era tu nombre,  
 Virgen María, Madre.  
 No, yo no sé quien eres:  
 Pero eres una gran ternura.

Para el *quinto susurro*, necesitamos un teólogo que nos explique para qué sirve un corazón virginal, una madre virginal. Y nadie mejor que el jesuita Cándido Pozo. Lo hace desde las profundidades teológicas, pero con un lenguaje claro, diáfano, filial.

“María, la madre virginal de Jesús, vuelca sobre cada uno de los discípulos de su Hijo su corazón virginal. Precisamente el amor virginal recae sobre la persona amada sin dividirse. La virginidad de María tenía la finalidad, querida por Dios, de hacer posible a María una plena concentración de su amor en Jesús, sin que división alguna de su corazón lo dispersara. Esa misma concentración de amor por parte de María se produce sobre cada uno de nosotros, a los que María nos mira como a Jesús”.

Y termina Cándido Pozo:

“Nuestra confianza en María pierde así todo límite. No sólo podemos apelar ante ella a que Jesús nos ha puesto bajo su protección, sino a que el encargo último del Señor moribundo a ella fue que nos mirara, a cada uno, como a Jesús. Con alegre audacia (“parresía” es la palabra griega que usa en estos casos el Nuevo Testamento) puedo presentarme ante ella y decirle: Escúchame Madre, soy Jesús que viene a Ti; cuida de mi como cuidaste de Él en Belén o Nazaret, y haz que te sienta cercana en mis horas difíciles con aquella misma solicitud con que lo acompañaste al Calvario”.

Satisfechas nuestras interrogantes teológicas, el poeta Francisco Pino se encarga de ofrecernos el *séxtimo susurro*, tomado de su “Letanía de los pobres a María”:

María, la pobre.  
 Trono de ningún trono.  
 Causa de la alegría de los que no la tienen.  
 Vaso en el que la materia se hace ala.  
 Vaso del agua, rosa del hambriento.  
 Chabola sin paredes.  
 Chabola en vilo.  
 Casa de adobes azules.  
 Arca soñada de un ajuar soñado.  
 Puerta sin puerta.  
 Tragaluz que ilumina el abrazo de la pareja.  
 Almohada de los encarcelados.  
 Chacha arrodillada sobre la baldosa de los pobres.  
 Nodriz de los que no esperan comer mañana.  
 Ruega por nosotros.

El séptimo susurro será muy breve, como toda buena definición.

A la pregunta de un cristiano de a pie: ¿Quién es la Virgen María?, José Luis Repeto, quien fuera deán de la catedral de Jerez de la Frontera, responde así, con acento poético: “María es un sueño de Dios, pero un sueño realizado. Porque el primer sueño de Dios que fue el hombre fracasó. María nos deja el encargo de imitarla, siendo también, cada hombre y mujer de la historia, “sueños realizados de Dios”.

Y ahora, será una mujer, Pilar Maicas, profesora de la Universidad Católica de Lovaina, la que nos dicte el *octavo susurro* sobre la Inmaculada. Dice así:

“Te proclamo bienaventurada, María:  
 - Porque el Creador puso su mirada en ti y fuiste llena de gracia.  
 -Porque con tu silencio fecundo –gozosa contemplación- hiciste posible el nacimiento de la Luz.  
 -Porque en el encuentro amargo de la vía dolorosa con el Dios-hijo, el don de tu mirada abrió de nuevo un cielo con estrellas.  
 -Porque aquella mañana que esperaron los siglos, nueva Pascua perenne, te pusiste en camino, en busca del prodigio, estrenaste alegría y comenzó la fiesta”.

Me gustaría que un cardenal de la Iglesia Católica, Fernando Sebastián, nos dejara el *noveno susurro* a la Inmaculada en esta noche. Él estuvo aquí, con nosotros, hablándonos teológicamente de la Inmaculada. Ahora, vamos a escuchar también unas palabras tuyas, dirigidas a María. Siente que su vida va ya de recogida y evoca la cercanía del final:

“Al atardecer de la vida me siento bienaventurado pensando en ti, hablando y escribiendo de ti, sabiendo que me quieres, que me cuidas, que con tu fe fortísima sostienes y alimentas mi fe sincera y deseosa, pero débil y vacilante. Aun así, me siento bienaventurado contigo y por ti, poque mientras Tú estés a mi lado yo seguiré siendo discípulos, hermanos, servidor de Jesús.

Ahora que comienzo a estar solo en el mundo, te siento más real, más concreta, más cercana, más madre verdadera, madre de mi madre que vive y reina contigo en el cielo. Mi cariño y mi esperanza se van centrando en la Casa del Cielo, donde tengo todo el amor que me dio la vida, que me sostiene y me salva, el refugio y el hogar del corazón, junto a Cristo, en la Casa de Dios.

Contigo para siempre, Esposa del Padre, Madre del Hijo y de los hijos, templo del Espíritu Santo, corazón de la Iglesia, madre de todas las madres, sonrisa maternal de Dios que nos espera, resplandor de la salvación”.

Y como *décimo susurro* a la Inmaculada en esta noche, me gustaría colocar en mis labios, tres versos de luz y de esperanza. Fueron escritos en el siglo XV. Su autor Juan del Enzina. Tienen aire de plegaria final. Y las coloco en mis labios con la ternura que nos trae la Navidad, mirando al portal de Belén:

¿A quién debo yo llamar  
vida mía,  
sino a Ti, Virgen María?